

Antena detectora de naturalizaciones acríticas

Una mirada crítica de las políticas sociales hacia los sectores populares: de la psicología de la pobreza a la subjetividad popular

Juan Carlos Cea Madrid

Centro de Estudios de Contrapsicología (Chile)

Jorge Esteban Benítez Saavedra

Frente de Trabajadores de la Psicología (Chile)

Patricio López-Pismante

Centro de Estudios de Contrapsicología (Chile)

Introducción

La pretensión de abordar los procesos subjetivos de los sectores populares, desde la investigación y la praxis de las ciencias sociales, nos parece una empresa no exenta de dificultades. Existe tanto el riesgo latente de extraviarse en las diversas formas de naturalización y laxitud conceptual que ha caracterizado a este campo, como de caer en las innumerables trampas que no siempre son fáciles de identificar sin antes haber iluminado el terreno.

Una primera trampa proviene de las modas académicas posmodernas, que han cuestionado la vigencia de expresiones como “pueblo” o “lo popular”, acusándolas de ser resabios lingüísticos del totalitarismo, de aplanar las diferencias e invisibilizar la pluralidad entre los sujetos. Otra forma de extraviarse es identificar al sujeto popular con la extrema pobreza, como lo hacen las actuales estrategias de focalización utilizadas en las políticas sociales del Estado, recortando al conjunto de las clases subalternas por sus eslabones más endebles. Y, en tercer lugar, nos encontramos con los peligros que conlleva la misma condición paradójica de la situación de los sectores populares: por un lado existiría una psicología del pobre que es construida dada su condición de dominación económica, política e ideológica; pero, por otro lado, no existe la posibilidad de posicionarse por fuera y ascender hasta un lugar privilegiado de des-enajenación. Por ello, la tarea de reconstruir la subjetividad popular responde al difícil trabajo de un equilibrista, de manera de eludir los

imaginarios puristas o esencialistas que han circulado acerca de la identidad de los oprimidos, ya sea en sus concepciones fatalistas y paternalistas como en sus versiones románticas o idealistas.

Para iluminar este camino entonces consideramos necesario poder develar los imaginarios del sujeto popular construidos desde Estado y las clases dominantes, para lo cual desarrollaremos una breve trayectoria histórica acerca de la construcción del sujeto pobre. Luego, en una segunda instancia, señalar ciertas sugerencias epistemológicas para el abordaje del sujeto popular que permitan superar la tradición de la psicología de la pobreza y las tendencias psicologistas que buscan posicionarse en este nuevo contexto del capitalismo tardío.

De la cuestión social a la psicología de la pobreza

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, los efectos de la industrialización en Chile generaron un complejo fenómeno englobado en el concepto de “cuestión social”, el cual representaba una serie de problemáticas referidas a las condiciones laborales, niveles de vida, conflictos entre el capital y el trabajo propias de la aparición, y posterior reconocimiento social, de una nueva forma de pobreza asociada a la vida urbana y a la consolidación de la producción capitalista (Pinto y Valdivia, 2001; Yáñez, 2003; 2008). Comprendido este fenómeno como un problema político, los sostenedores del sistema dominante fueron reparando en la necesidad de hacerse cargo del descontento que amenazaba el orden establecido. Asumiendo que la confrontación y la violencia no constituían un buen augurio, y que la pobreza representaba una disfuncionalidad del sistema indudablemente peligrosa, postularon la conciliación entre capital y trabajo, en cuanto esa era la única manera de preservar la unidad de la nación para retomar el proyecto de civilización y progreso (Pinto y Valdivia, 2001).

De acuerdo a esta vía política, el Estado comenzó a desarrollar un campo propio de intervención en torno a la problemática de la “cuestión social”, marcando una disposición para conciliar intereses contrapuestos en el mundo del trabajo sirviendo de mediador, canalizando los conflictos por medio de la creación de leyes sociales y desarrollando redes asistenciales de protección de la salud, consolidando así un Estado “interventor” (Salazar y Pinto, 2002; Illanes, 2010; Yáñez, 2003, 2008). El Estado, buscando legitimarse en torno a aquel dominio y mostrándose cada vez más sensible frente a la pobreza, elabora un discurso de integración económica y promoción social, bajo la convicción que el Estado debía intervenir de manera continuada y sistemática sobre las relaciones civiles, en protección de los sectores sociales más desfavorecidos y vulnerables (Martínez y Palacios, 1996; Dávila, 1998b; Yáñez, 2008).

Siguiendo esta línea, el Estado legitimó su institucionalidad para superar las contradicciones del capitalismo en la sociedad, instrumento destinado a ser ocupado por diversos proyectos políticos que en su momento se preguntaron cómo integrar a las masas populares a los beneficios del progreso o cómo integrar a los sectores populares al proyecto de emancipación de la izquierda. Para dar respuesta a dichas preguntas, se generó un modelo “nacional-desarrollista” de Estado “de bienestar”, que tuvo su desarrollo más avanzado en el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), proceso que fue brutalmente interrumpido por la última dictadura militar chilena (1973-1990) y sus políticas de corte

neoliberal, las cuales, cabe señalar, se mantienen sustancialmente en la actualidad (1990-2014).

El modelo neoliberal cambió la lógica de ese consenso en torno a la figura del Estado estableciendo la hegemonía, desde el 73 en adelante, en la iniciativa privada en la sociedad, quedando el rol del Estado relegado en su campo de intervención (Arellano, 1985). La nueva figura del “Estado subsidiario” concretizó dos orientaciones o principios básicos: focalización del gasto social dirigido a sectores y personas más desfavorecidas y privatización de ciertas áreas de la política social, desligándose el Estado de ellas y traspasándolas a la empresa privada y al mercado su asignación (Dávila, 1998b). Así, el modelo neoliberal acentuó la satisfacción de necesidades en torno al mercado, en detrimento del reconocimiento de derechos sociales por parte del Estado.

De esta forma, en las últimas décadas la pobreza en Chile ha estado relacionada al desequilibrio Estado/mercado que ha impuesto la lógica neoliberal. Además, en base al aumento sostenido en los índices de desigualdad en la distribución del ingreso, la pobreza ha pasado a constituir un carácter estructural, por lo tanto, se reproduce en el marco de la marginación y exclusión, como forma de segmentación social e incapacidad del sistema para establecer nuevos paradigmas de inclusión social. En ese contexto, los actuales programas de erradicación de la pobreza sólo son capaces de promover una política pública centrada en el eje beneficencia/asistencialismo (Bengoa, 2004).

Al respecto, el Estado neoliberal ha dispuesto como política para la superación de la pobreza la entrega de subsidios y herramientas a los sectores populares, los cuales por medio de su ahorro, esfuerzo y motivación personal, aspiran a mejorar su poder adquisitivo y, por esa vía, obtener mejores condiciones de vida y bienestar material. Las políticas sociales han apuntado a superar la línea de la pobreza como límite para la integración económica y punto de partida para la movilidad social. En este caso, la promoción de la empleabilidad, la inserción laboral, el emprendimiento y el autoempleo son medidas orientadas a integrar a los sectores populares a las lógicas predominantes del modelo neoliberal y están subordinadas jerárquicamente a las políticas productivas capitalistas, en base a un modelo donde la reducción de la pobreza es un subproducto natural del crecimiento de la economía (Martínez y Palacios, 1996; Cardarelli y Rosenfed, 1998).

Sumado a lo anterior, complejizando el análisis, en las últimas décadas el PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) y la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) han desarrollado una teorización más compleja para comprender el fenómeno de la pobreza en base al concepto de “vulnerabilidad social”. Este modelo ha impulsado un creciente interés por recabar antecedentes empíricos acerca de la dimensión psicológica y los factores psicosociales asociados al fenómeno de la pobreza. En esta línea se han desarrollado una serie de investigaciones destinadas a caracterizar las disposiciones psicológicas de los estratos pobres que contribuyen a la perpetuación de su condición. Estas investigaciones forman parte de la “psicología de la pobreza”, campo de investigación que reconoce la necesidad de identificar los factores psicológicos que se relacionan con la posibilidad de reconocer, acceder y apropiarse de oportunidades ofrecidas por la sociedad por parte de los sectores populares (Undurraga y Avendaño, 1997). En este marco, se han identificado ciertas variables, que permiten dar cuenta de los recursos psicológicos con los que cuentan los sujetos pobres para sobreponerse a las condiciones adversas. Entre ellos se encuentran constructos como autoestima, motivación de logro,

perfil atribucional y estrategias de afrontamiento, factores que a su vez no operan de manera independiente, sino que se relacionan fuertemente entre sí, actuando además como mediadores entre el contexto externo de carencia y la experiencia subjetiva asociado a esta falta (Palomar, Hernández y Lanzagorta, 2004).

De acuerdo a las concepciones de esta “psicología de la pobreza”, las estrategias más plausibles para contrarrestar la pobreza son el incremento de capital social, siendo las principales herramientas para ello la educación y capacitación laboral así como el entrenamiento de habilidades en los individuos. Así, el enfoque de “vulnerabilidad social”, a pesar de relacionar la pobreza con sus condiciones e implicancias específicas, no la vincula de manera explícita con las condiciones de desigualdad que son producto de lógicas económicas excluyentes propias del neoliberalismo (Debuyst, 2002). Es más, las orientaciones marcadamente psicologicistas, en este caso, han centrado el foco exclusivamente sobre los aspectos individuales, bajo el supuesto que la pobreza se auto-reproduce y perpetúa debido a causas que son inherentes a los propios pobres.

En definitiva, el modelo neoliberal asume la pobreza como una problemática indeseable o una situación anómala que solamente puede erradicarse del cuerpo social en base a políticas sociales que incrementen la adaptación de los sectores populares al sistema dominante (Cardarelli & Rosenfed, 1998). En esta perspectiva, para Pardo (2010) el objetivo último de la política social no será la erradicación de la pobreza y su conceptualización objetiva como resultado de sistemas de relaciones sociales excluyentes, sino la mitigación parcial del fenómeno sobre la base de una consideración natural de la existencia “pobre”, articulada a un conjunto de incompetencias que hacen de esta población un sector segregado, excluido, marginado, improductivo y fracasado.

Alternativas desde la subjetividad popular

¿Cuáles son las limitaciones de esta psicología de la pobreza en el área de las ciencias sociales? ¿En qué sentido es posible criticar un campo de investigación que ha sido fructífero aportando sus conocimientos al desarrollo de las políticas sociales hacia los sectores populares? ¿Bajo qué fundamentos es posible plantear alternativas para el estudio de los sectores populares y el desarrollo de políticas sociales hacia la pobreza?

En primer lugar, es necesario considerar la existencia social de prejuicios frente a la pobreza, donde las desventajas culturales y las limitaciones psicológicas que son predominantemente efectos de la pobreza, en este caso se presentan como “su causa”, implicando falsas generalizaciones que conllevan en última instancia a una percepción de la pobreza en términos de una condición lógica y merecida ante la cual hay que actuar generando un modelo de intervención asistencialista que implica una imposición desde arriba hacia los sectores populares de un determinado modelo de desarrollo, que en la práctica se traduce en una estrategia de transculturación valórica e integración formal a la cultura dominante teniendo como objetivo domesticar los conflictos sociales con la excusa de aliviar la pobreza (Zibechi, 2010).

En segundo lugar, las políticas sociales en torno a la pobreza eluden los cambios estructurales, congelan la desigualdad y consolidan el poder de las elites económicas, facilitando la acumulación de capital y la profundización del modelo neoliberal sin mayores conflictos ni resistencias (Zibechi, 2010). Por otra parte, Gissi (1990) señala la evidencia

que la pobreza es un fenómeno primariamente económico-social y que una parte importante de las conductas y conflictos psicológicos de los sectores populares se relacionan estrechamente con la frustración de necesidades básicas. En este sentido reconoce que las causas de la pobreza no son fundamentalmente culturales ni psicológicas, que la superación de los problemas económicos será una medida fundamental para superar, también, un aspecto central de los problemas psicosociales y de salud mental asociados a la pobreza (Gissi, 1990).

En tercer lugar, si bien en muchos ámbitos de las ciencias sociales se han desarrollado investigaciones desde una perspectiva psicocultural, buscando dar cuenta de los mundos de vida y vivencias de los sectores populares en su cotidianeidad, esta perspectiva ha caído en el problema de estudiar la subjetividad popular de manera aislada y particularista, bajo la forma de una “cultura de la pobreza” (Dávila, 1998a; Gissi, 1990). En este sentido, Gissi (1986; 1990) reconoce ciertas dificultades de una descripción y caracterización simplista del concepto de “cultura de la pobreza”, como ya hemos dicho, una interpretación naturalista del estudio sociocultural de los sectores populares puede promover prejuicios, estereotipos, estigmatización y actitudes hacia los pobres, los cuales pueden contribuir a agravar los problemas psicosociales asociados a su condición de acuerdo a los fenómenos de discriminación y exclusión social.

Desde una mirada crítica, Asún et al. (1993) han constatado que los programas de psicología clínica no consideran la dimensión social y cultural de los usuarios. De hecho, parten del supuesto errado de un vacío cultural o, por el contrario, de una concepción compartida de la realidad, lo que sumado a la escasez de investigaciones y antecedentes teóricos que vinculen el trabajo del psicólogo con la realidad social de los sectores populares, hacen relevar todavía más el papel que juegan los prejuicios y los estereotipos en el trabajo profesional. Esto último se evidencia en la medida que la percepción que tienen los profesionales en relación al grado de vulnerabilidad psicosocial y estado patológico de los beneficiarios de sus programas, tiende a ser más negativa que la percepción que la propia población tiene de sí misma (Winkler, 1993).

Esta conceptualización de la pobreza es compartida por modelos de promoción asistencial focalizados en grupos vulnerables en el campo de la psicología comunitaria, en cuanto destacan las dimensiones deficitarias o carenciadas de los sujetos más que las potencialidades susceptibles de ser desarrolladas. Incluso, cuando existe una mayor tendencia a recoger las competencias y recursos de los individuos, éstas son canalizadas hacia la adaptación al sistema dominante, sin abarcar aspectos como la identidad cultural o la distribución de los bienes sociales (Krause y Jaramillo, 1998). Con relación a este punto, Reyes (2007) establece que el interés mostrado en las investigaciones por las necesidades y problemas psicosociales de las comunidades pertenecientes a estratos socioeconómicos bajos posee un marcado énfasis asistencial y, también, en los aspectos deficitarios del desarrollo humano.

Desde nuestra perspectiva, un enfoque de estudio de la subjetividad popular puede rescatar elementos de la perspectiva psicosocial de la pobreza. Sin embargo, a su vez debe reconocer que si bien muchos de los rasgos culturales arraigados en sectores populares caen dentro de la definición “cultura de la pobreza”, estos son resultado de los altos niveles de opresión, exclusión y marginación respecto del sistema social global. Además, muchos

otros corresponden a aspectos idiosincráticos de estas poblaciones que constituyen fuertes precursores de identidad y bienestar a nivel popular (Salazar y Pinto, 1999).

Desde la perspectiva de la historia social, Salazar (1987) plantea que los sectores populares han desarrollado históricamente una autonomía relativa, es decir, han desplegado una serie de estrategias que, resguardando su autonomía, han permitido avanzar hacia su objetivo histórico de constituir una sociedad desalienada y humanizada, manteniendo importantes niveles de interrelación con el Estado y sus intermediaciones. De esta forma, en una sociedad desgarrada por una mecánica interior de alienación, “lo popular” se trataría de un mundo que no se integró desde sus inicios al orden diseñado por la élite y desde fuera de las estructuras de poder, deslegitimó y resistió sus controles y coerciones (Salazar, 2006). En esta línea, según Garcés (1993), la identidad popular debe ser abordada desde una mirada global, como un conjunto dinámico que involucra valores, recursos y capacidades situadas, a través de los cuales los sectores populares guían sus formas de comportamiento, organizan sus proyectos, construyen su historia y resuelven sus contradicciones. Para Illanes (1994) la identidad popular es concebida como el modo de ser y estar en el mundo de la sociedad popular, en sus propias expresiones, participando activa e históricamente en su construcción de sujeto, haciendo efectivo el ejercicio de apropiación de sí mismo, por sí mismo, entre los sí mismos.

De acuerdo a esta lógica, la escuela historiográfica llama “nueva historia social” intenta rescatar desde la “masa popular” al sujeto popular y su identidad, asignándole un protagonismo histórico, reivindicando su historicidad, reconociendo su capacidad para tomar conciencia de las condiciones adversas a las que ha estado sometido (pobreza, opresión, exclusión) y valorando los significados que han otorgado a esas experiencias. Esta tradición historiográfica enfatiza tanto la tensión del sujeto popular en su condición de sujeto cooptado por la dominación, como de sujeto autónomo y protagónico en su condición de movimiento social, destacando el carácter democratizante de su accionar en base a sus oposiciones con el Estado, antítesis del proyecto oligárquico de exclusión y repliegue de la cultura popular a los márgenes del sistema de poder (Illanes, 1994). O bien, acentuando el reconocimiento del pueblo como la parte de la nación que detenta el poder histórico, valorando así su capacidad para concebir proyectos propios, alternativos al orden que se le ha pretendido imponer, así como la lucha que han llevado adelante por la integración a la vida moderna, por la equidad distributiva y por una plena participación en las decisiones públicas, en la búsqueda constante de un “proyecto histórico popular” que aspira humanizar la sociedad, profunda e integralmente (Salazar, 2006; 2009; 2011).

De esta forma, el enfoque de estudio de la nueva historia social, rescata la importancia de los sectores populares como un sujeto colectivo, poniendo especial énfasis en su dimensión social y cultural, en sus luchas y vivencias por la consecución de una mejor calidad de vida, en base a la ampliación de derechos ciudadanos y mayor participación política (Garcés, 1993; Dávila, 1998a; Illanes, 2003; Salazar, 2006, 2009).

Al respecto, Bengoa (2004) señala que los conceptos de participación y derechos están siendo limitados por el rígido marco asistencialista del Estado neoliberal, lo que impide entenderlos de manera efectiva en la adquisición de cuotas crecientes de poder, de autonomía de las decisiones, de capacidad de auto-afirmación e identidad propia de los sectores populares. Por ello, si bien la noción de capital social permite considerar el contexto o marco comunitario, social y estructural de la pobreza como aspectos

determinantes, las políticas sociales deben ir aún mas allá y reconocer la pobreza en el ámbito de la capacidad como acceso al poder, a los derechos y la participación, pero en términos efectivos, en la medida que la pobreza puede definirse como la falta de las libertades básicas, desde la perspectiva de las capacidades, o de la no realización del derecho a ejercer estas libertades, desde la perspectiva de derechos humanos (Bengoa, 2004).

En base a esta perspectiva, la efectividad de la política social en relación a los sectores populares no sólo estaría determinada por la obtención de un nivel de ingresos superior al establecido por la línea de la pobreza, sino en la medida que se superaran obstáculos socioculturales y políticos (marginación, exclusión, estigmatización) hacia los sectores populares, que niegan o coartan sus orientaciones de autonomía y movilidad social (Martínez y Palacios, 1996). Desde el punto de vista de la Corporación Caleta Sur (2000), los modelos de intervención orientados a movilizar sujetos que se encuentran afectados por la exclusión social deben asumir una actitud que vuelva creíble la apuesta que se ofrece a estos sujetos, que escape a las ingenuidades que ocasionalmente forman parte de políticas sociales que se han arrogado para sí la capacidad de producir en sí mismas cambios en la realidad social, como si los sujetos carecieran de esa condición básica y esencial que los constituye precisamente como tales: con visiones propias, con sensibilidades particulares, con aspiraciones legítimas que se buscan alcanzar y con dolores que se han heredado de la vida.

Desde esta perspectiva, las formas de ejercicio de la ciudadanía de los sectores populares deben corresponder a dos dimensiones integrales: como apuesta para activar sus propias capacidades y recursos en el abordaje de sus problemas; y como una apuesta para activar sus sensibilidades para construir sentidos colectivos, conjugando así un hacer en la realidad concreta, con un hacer en el ámbito cultural (Corporación Caleta Sur, 2000). Es decir, un modelo de intervención con los sectores populares donde la participación comunitaria no sea una mera consigna, sino participación real en la comprensión y planificación de sus necesidades subjetivas, en las discusiones de sus problemas de bienestar y en la construcción de soluciones compartidas, facilitando la reconstrucción del lazo social, el compromiso comunitario, la solidaridad grupal y la asunción colectiva de problemáticas compartidas (Galende, 1994).

En este sentido, el crecimiento económico puede ayudar en la disminución de la pobreza, pero no ayuda en nada en aminorar la brecha de desigualdad socio-económica. Por ello, se hace necesario que el Estado y las políticas sociales cumplan un rol de “garante de equidad” o “promotor de la igualdad de oportunidades para los ciudadanos” (Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza, 1996). Mientras esta alternativa no sea viable, los sectores populares serán objetos de políticas sociales y subsidios estatales, pero no serán sujetos históricos ni podrán construir desde sí mismos una propuesta de país que los involucre (Bengoa, Márquez y Aravena, 1999).

Para que esto sea posible, Salazar (2009) plantea que las masas populares necesitan escapar de su encierro para iniciar una gran marcha histórica de destrucción-construcción sobre el sistema social, y para movilizar en línea directa hacia su humanización solidaria todas las facetas de su ser social, cultivar su conciencia histórica, investigar su propia realidad y disponerse a construir por sí mismas la realidad que necesitan. Esta noción devela la relación entre el sujeto popular y la política. En la medida que lo político, en su

matriz genética, nace del saber convivir, de la pertenencia a un conjunto humano donde se comparten la vida, los problemas y las soluciones a los problemas. O sea, de ese poder básico que posibilita, permite, mantiene y desarrolla la convivencia humana, del poder como la capacidad humana que permite construir realidad social (Salazar, 2009).

Y, a su vez, lo anterior involucra una relación entre sujeto popular, política, salud y bienestar, en la medida que es posible consignar un concepto de salud social, que implica un sujeto consciente de los problemas que vive, pero al mismo tiempo, con plena participación en instancias de poder para resolver los problemas que lo aquejan e impedir que esos problemas que vive lo superen y lo destruyan, pues es desde aquí donde asegura su incidencia en los factores que determinan su libertad y felicidad (Salazar, 2003).

En definitiva, como se mencionó anteriormente, la identidad del sujeto popular se articula desde una heterogeneidad de experiencias que se van forjando desde las condiciones históricas en las que se ha visto inmerso. No obstante, ante la diversidad de vivencias existen aspectos comunes que aparecen como ejes articuladores de la identidad popular. Los sectores populares comparten una historia de pobreza, miseria, explotación y opresión, así como el padecimiento de fuerzas de cooptación, bloqueo e integración forzada, todos elementos que influyen en la construcción de su subjetividad. En distintas formas los sectores populares han dado respuesta a estas condiciones elementales, más o menos organizados, han reaccionado a la violencia institucional que se ha ejercido sobre ellos a través de respuestas espontáneas de rebeldía, o bien ejerciendo su soberanía de un modo más planificado. Lo cierto es, como reconoce Salazar (2006), de su experiencia cotidiana y de sus aspiraciones como sujetos históricos se gesta una conciencia, una identidad y un proyecto histórico que se devela en sus anhelos y sueños. Se trata de la aspiración a una “sociedad mejor”, en relación a los valores de “sencillez, autenticidad, hospitalidad, camaradería, comunidad, esfuerzo y, sobre todo, solidaridad” (Salazar y Pinto 1999, p. 95), todo lo cual es opuesto al individualismo, la competitividad y la desintegración social impulsados por el Estado liberal y la explotación capitalista durante más de 200 años de vida republicana.

Referencias

- Asún, D., Aceituno, R., Alfaro, J., Morales, G. & Krause, M. (1993). *La psicología comunitaria en Chile: análisis de sus características y perspectivas*. En E. Sánchez & E. Wiesenfeld (Eds.). *Psicología social comunitaria. Contribuciones latinoamericanas* (pp. 151-187). Caracas: Editorial Tropikos.
- Arellano, J. P. (1985). *Políticas sociales y desarrollo. Chile 1924-1984*. Santiago de Chile: CIEPLAN.
- Bengoa, J. (2004). *Pobreza y exclusión social en América Latina. Un abordaje desde la perspectiva de los derechos humanos*. Memoria del Foro Euro-Latinoamericano-Caribeño de la Sociedad Civil. Pátzcuaro, Michoacán, México, 24-26 marzo 2004.
- Cardarelli, G. & Rosenfed, M. (1998). *Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza [CNSP]. (1996). *La pobreza en Chile: Un desafío de equidad e integración social*. Santiago de Chile: CNSP.

- Corporación Caleta Sur (2000). *Trabajo Comunitario en Sectores Populares. Experiencia Caleta Sur en la Comuna de La Pintana*. Santiago de Chile: Caleta Sur
- Dávila, O. (1998a). *Sectores populares. Entre los claroscuros de la integración y la humanización*. Viña del mar: CIDPA Ediciones.
- Dávila O. (1998b). Estado y políticas sociales. Del Estado protector al Estado subsidiario. *Última Década* N° 9, 105-120.
- Debuyst, F. (2002). *Ganadores y olvidados ¿Hacia una cultura de las desigualdades?* Propositiones 34. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- Galende, E. (1994). *Psicoanálisis y Salud mental. Para una crítica de la razón psiquiátrica*. Buenos Aires: Paidós.
- Garcés, M. (1993). *Historias locales y democratización local*. Santiago: ECO.
- Gissi, J. (1990). *Psicoantropología de la pobreza*. Oscar Lewis y la realidad Chilena. Santiago de Chile: SIO Quirihue.
- Gissi, J. (1986). *Psicosociología de la pobreza*. Cuadernos de psicología N°5. Escuela de Psicología. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Illanes, M. A. (1994). *Marginación y desmarginación en el movimiento popular*. Propositiones N°24. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Illanes, M. A. (2010). "En el nombre del pueblo, del estado y de la ciencia..." *Historia social de la salud pública 1880-1973*. Santiago de Chile: Ministerio de Salud-Colectivo de Atención Primaria.
- Krause, M. y Jaramillo, A. (1998). *Intervenciones psicológico-comunitarias en Santiago de Chile*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Martínez, J. y Palacios, M. (1996). *Informe sobre la decencia. La diferenciación estamental de la pobreza y los subsidios públicos*. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Palomar, J.; Hernández, J. y Lanzagorta, N. (2004). *Pobreza, recursos psicológicos y bienestar subjetivo*. Ciudad de México: Ediciones Universidad Iberoamericana.
- Pardo, N. (2010). *Filogénesis y transformaciones del concepto de pobreza*. En L. Montecino (ed.) *Discurso, pobreza y exclusión en América Latina*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Pinto, J. y Valdivia, V. (2001). *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Reyes, M. I. (2007). Orientaciones ético-valóricas de la psicología comunitaria en Chile. Análisis descriptivo de los artículos publicados en revistas nacionales entre 1993 y 2003. En Alfaro, J. y Berroeta, H. (Ed.). *Trayectoria de la psicología comunitaria en Chile. Prácticas y conceptos* (pp. 109-149). Valparaíso: Editorial Universidad de Valparaíso.
- Salazar, G. y Pinto, J. (1999). *Historia Contemporánea de Chile. Volumen II. Actores, Identidad y movimiento*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

- Salazar, G. (1987). *Del proyecto histórico de los pobres: autonomía relativa y autoeducación*. Propositiones N°15. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Salazar, G. (2006). *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas". La violencia en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico-popular)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Salazar, G. y Pinto, J. (2002). *Historia Contemporánea de Chile. Volumen III. La economía: mercados, empresarios y trabajadores*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Salazar, G. (2003). *Perspectiva histórica de la salud social en Chile*. Conferencia con ocasión del aniversario del Servicio de Salud en Puerto Montt. Santiago de Chile: CEME.
- Salazar, G. (2009). *El poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile siglo XX, XXI*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Salazar, G. (2011). *En el nombre del Poder Popular Constituyente*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Illanes, M. A. (2003). *Chile des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Undurraga, C. y Avendaño, C. (1997). La dimensión psicológica de la pobreza. *Psykhé*, Vol 6, N°1, pp 57-63.
- Winkler, M. I. (1993). Trabajo psicológico en sectores populares. *Psykhé*. 2 (1), 59-67.
- Yáñez, J. C. (2003). *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile: 1900-1920*. Santiago de Chile: DIBAM.
- Yáñez, J. C. (2008). *La intervención social en Chile. 1907-1932*. Santiago de Chile: RIL Editores.
- Zibechi, R. (2010). *Progre-sismo. La domesticación de los conflictos sociales*. Santiago de Chile: Quimantú.

Fecha de recepción: 23 de octubre 2013

Fecha de aceptación: 23 de octubre 2013 (contribución invitada)